

Amigos y héroes

A*

Olivia Manning

Amigos y héroes

Traducción de Concha Cardenoso Sáenz de Miera

Libros del Asteroide 

Primera edición, 2023

Título original: *Friends and Heroes*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Olivia Manning, 1965

© de la traducción, Concha Cardenoso Sáenz de Miera, 2023

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: fotograma de la adaptación televisiva *Fortunes of War*, 1987.

© RGC Collection / Alamy Stock Photo

Fotografía de la autora: © National Portrait Gallery, London

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Santaló 11-13, 3.º 1.ª

08021 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-19089-48-9

Depósito legal: B. 6056-2023

Impreso por Kadmos

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Índice

Primera parte. Los antagonistas	11
Segunda parte. Los victoriosos	117
Tercera parte. Los románticos	191
Cuarta parte. El entierro	315

PRIMERA PARTE
Los antagonistas

Cuando el conserje del hotel llamó a Harriet Pringle por teléfono para decirle que la esperaba un caballero en el vestíbulo del hotel, ella colgó el teléfono y salió disparada de la habitación sin ponerse los zapatos.

Llevaba dos días pegada al aparato. La ansiedad y la esperanza la habían tenido en vela las tres últimas noches en Atenas. Había dejado a su marido en Rumanía, un país ocupado entonces por el enemigo. Podría haberse escapado. Tal vez el hombre del vestíbulo fuera el propio Guy. Sin embargo, al doblar la esquina de las escaleras vio que solo era Yakimov. Subió a calzarse, pero a toda prisa. Tal vez Yakimov tuviera noticias que darle.

Bajó de nuevo y lo encontró encorvado como un caballo viejo bajo el ala rota de su panamá, actitud que le despertó mucha aprensión. Incapaz de hablar, le tocó el brazo. Él levantó la cara con una expresión triste e imprecisa y, al verla, sonrió.

—Todo en orden —dijo—, nuestro querido muchacho está en camino. —Tenía tantos deseos de tranquilizarla que parecía que esos grandes ojos de color verde uva se le fueran a salir de las órbitas—. He recibido un mensaje. Lo tengo por aquí, a ver... Tiene que estar aquí. Me llamaron de la Legación de Bucarest. Uno de los nuestros me dijo: «Conoce a la tal señora Pringle,

¿verdad? Dele esto cuando la vea». —Hurgaba en los bolsillos de su traje *shantung* con unos dedos como antenas—. Es un papelito, ya sabes. Solo un papelito, nada más.

Probó en el bolsillo superior. Al levantar el largo hueso del brazo, Harriet le vio la seda de color violeta de la camisa, que asomaba entre la tela desgastada de la chaqueta, y el hueco blanco azulado y pelón de la axila, que asomaba entre el tejido, igualmente desgastado, de la camisa. Los bolsillos estaban tan deshilachados que el mensaje podía haberse caído. No se atrevía ni a respirar mientras lo miraba, sabiendo que cualquier señal de impaciencia lo alarmaría.

Ahora se llevaban bastante bien, pero no siempre había sido así. En Bucarest, Yakimov —el príncipe Yakimov— se había instalado en el piso de los Pringle y no había habido forma de que se fuera hasta que la ciudad se volvió demasiado peligrosa para él. Harriet no lo apreciaba y Yakimov la temía, pero cuando volvieron a encontrarse en Atenas se reconciliaron. Yakimov era la única persona que entendía los temores de Harriet y su comprensión había sido su único consuelo.

—¡Ah! —suspiró, satisfecho—. ¡Aquí está! ¡Ya lo tengo! Sano y salvo, ¿lo ves?

Harriet cogió el papel y lo leyó: «Estoy de camino. Nos vemos esta noche».

El mensaje debía de haber llegado hacía horas. Ya era el final de la tarde. Guy habría aterrizado en Sofía y habría descubierto, como ella, que el avión rumano se quedaba allí y que tenía que seguir viaje en uno de Lufthansa. La línea alemana se había avenido a transportar pasajeros aliados hasta territorio neutral, pero había oído decir que desviaban algunos vuelos hacia Viena para detener a los súbditos británicos en calidad de enemigos. Harriet no había corrido peligro, pero a Guy, que estaba en edad militar, le podía suceder cualquier cosa.

—¿No te alegras? —preguntó Yakimov, desconcertado, al ver el cambio de expresión—. ¿No son buenas noticias?

Ella asintió. Se sentó en el vestíbulo y musitó: «Es maravilloso». Se dobló por la cintura y se tapó la cara con las manos.

— ¡Mi querida niña!

Harriet levantó la cabeza; tenía los ojos húmedos y se echó a reír:

— Guy estará aquí cuando anochezca.

— ¡Eso es! Te dije que sabía cuidarse solo.

Confusa de agotamiento y alivio, no se movió del sitio, sabía que el suspense no había terminado aún. Todavía tenía que esperar hasta la noche.

— ¿Por qué no sales un rato? Vete a respirar un poco. Te sentará bien, ya sabes.

— Sí. Sí, me gustaría.

— Pues en marcha, mi querida niña.

Harriet salió a la luz del día como si se hubiera librado de una enfermedad. La calle estaba en sombra, pero al final se veía el resplandor del sol. Yakimov dio media vuelta y ella dijo:

— ¿Vamos por allí?

— ¿Por allí? —dijo él, desconcertado—. Eso es la plaza de la Constitución. ¿Quieres cruzar la plaza? Daremos un rodeo.

— Pero ¿vamos a algún sitio en concreto?

Yakimov no respondió. Llegaron a la plaza, en la que había un jardincillo formal y polvoriento con naranjas descoloridas en los árboles. Yakimov le explicó que los edificios eran hoteles y oficinas importantes. Algunos tenían la fachada de mármol y otros, de estuco marrón rosáceo. Al final de la plaza se encontraba el Parlamento, que había sido un palacio y conservaba todavía cierto aspecto palaciego. Al lado estaban los jardines públicos, una maraña de delicados árboles arbustivos entre los que se alzaban las copas plumíferas de unas palmeras. Cuatro ejemplares inmensos con un satinado tronco plateado se erguían ante la entrada del jardín. Edificios, árboles, palmeras, tráfico, gente: todo temblaba al calor líquido de la tarde otoñal.

«Atenas —pensó Harriet—: la tan deseada ciudad.»

Bucarest estaba rodeada por Europa, pero aquí había llegado al Mediterráneo. En Bucarest comenzaba el invierno. En Atenas parecía que el verano fuera a durar eternamente.

Si sobrevivían hasta el anochecer, Guy y ella se quedarían juntos en Atenas. Se imaginó dónde estaría su avión en ese momento: en el empíreo, sobrevolando el azul y verde pavo real del Egeo. Deseó que siguiera adelante en su curso. Había dejado atrás la desgraciada capital y a los maniacos servidores del Nuevo Orden y ahora solo tenía que esperar a que llegara sano y salvo. Procuró centrar los pensamientos en esta idea, pero se le disparó la imaginación. Pensó en los que habían quedado atrás. Pensó en Sasha.

Yakimov, en su papel de guía y anfitrión, le señalaba lugares de interés. Una modesta conciencia de gozar de cierta ventaja le prestaba un toque de grandiosidad a su actitud.

—Bonita ciudad —dijo—, siempre me ha gustado. ¡Imagínate cuántas veces ha estado aquí tu Yaki!

Había dejado deudas atrás y ninguno de sus nuevos amigos había tenido tiempo de averiguarlo. Había encontrado empleo. Aunque la ropa que llevaba era un puro harapo, la había lavado y planchado y la lucía con un aire que proclamaba su suntuoso pasado. Con un gesto de la cabeza señaló una ornamental esquina de un edificio y dijo:

—El G. B.

—¿Qué tiene de especial?

—¡Mi querida niña! El G. B. es el mejor hotel. El Grande Bretagne, claro. Donde Yaki se lavaba los calcetines. Tengo intención de volver en cuanto esté un poco más desahogado.

Al llegar a la calle principal le falló el paso; el cuerpo, alto y delgado, se arrugó. Habían caminado unos doscientos metros, pero a medida que se abrían paso entre la gente empezó a protestar.

—Qué paseo tan largo. Es mucho para tu Yak. Estos pies ya no son lo que eran. Esta ciudad es agotadora: cuestras por aquí,

cuestas por allí, calor y polvo. Hay que refrescarse continuamente. —Avistaron un gran café y, con un suspiro de alivio, añadió—: El Zonar's. El nuevo local. Muy bonito. El refugio predilecto de Yaki, por cierto.

Todo el café —una esquina con grandes ventanales de cristal, toldos de rayas, sillas y mesas de exterior— despedía una frescura brillante. La clientela todavía llevaba vestidos de verano: las mujeres, sedas, y los hombres, trajes de color gris plateado; los camareros, chaquetillas blancas y bandejas y cafeteras que centelleaban al sol. Por los ventanales Harriet vio mostradores con exóticas cajas de bombones y tartas muy apetitosas.

—Parece caro —dijo.

—Un poco, sí —asintió Yakimov—, pero práctico. Al fin y al cabo, a algún sitio hay que ir. —Cruzaron la calle lateral, llegaron a la acera del café y Yakimov se detuvo—: Si tuviera unas monedas a mano te invitaría a tomar alguna cosilla.

¡Así que este era el objetivo desde el momento en que echaron a andar! Harriet entendió esta modalidad de invitación. Él le había llevado el mensaje y ahora esperaba que se lo compensara.

—En el hotel me cambiaron un poco de moneda rumana, permíteme que te invite a un trago.

—¡De mil amores, mi querida niña! Si necesitas tomar algo, te acompaño encantado. —Se sentó en la primera silla de mimbre que le salió al paso y, de una forma admirable, le preguntó—: ¿Qué te apetece? —Harriet dijo que tomaría té—. Pues yo un traguito de coñac, creo. Tanto té me reseca.

Cuando les llevaron las bebidas, el camarero dejó la cuenta debajo de la copa de coñac, Yakimov se la pasó a Harriet y, después del primer trago, recobró la afabilidad.

—Aquí hay una gran colonia rusa —dijo—. Es gente encantadora, las mejores familias. Y hay un club ruso en el que sirven comida rusa. Deliciosa. Un socio del club me dijo: «Yakimov es un apellido distinguido. ¿Su padre no sería correo del zar?»

—¿Tu padre era correo del zar?

—¡Ni idea, mi querida niña! Hace ya mucho tiempo. Yo era muy pequeño en aquella época. Pero mi querido padre se movía en esos círculos, de eso no hay duda. Mi abrigo, el de marta cibelina, se lo regaló el zar, aunque creo que ya te lo había contado, ¿no?

—Un par de veces, sí.

—Supongo que sabes que mi querida madre ha muerto.

—No. Lo siento.

—Ahora Yaki se ha quedado sin asignación. Era una buena persona, trataba bien a su pobre hijo, pero no le dejó ni un céntimo. Tenía una renta vitalicia, pero se acabó con ella. Qué mala idea, una renta vitalicia.

Vació la copa y miró a Harriet con expectación. Ella asintió y él llamó otra vez al camarero.

En el pasado no soportaba la glotonería de Yakimov, pero ahora todo le daba igual; solo quería que pasara el tiempo. El tiempo era un obstáculo que había que salvar. Lo único que le interesaba era ver llegar el autobús del aeropuerto a la esquina de enfrente.

—¡Fíjate en ese tipo! —dijo Yakimov—. El que lleva alfombras colgadas al hombro. Es turco. Conocí a uno en París en una ocasión. Un amigo mío, estadounidense, le compró la carga entera. El pobre hombre volvió a casa sin una sola alfombra encima. Pilló una neumonía y murió.

Harriet sonrió sabiendo que pretendía distraerla, pero le resultaba imposible seguirle la conversación. Miraba a todas partes asombrada de encontrarse a salvo, incapaz de creer que existiera una ciudad tan anclada en la seguridad y la comodidad. Ella todavía tenía los nervios a flor de piel, como si siguiera en la confusión de los últimos meses en Rumanía. Mientras Yakimov hablaba, el espléndido café desapareció de la vista y en su lugar apareció el piso de Bucarest tal como estaba la víspera de su partida, cuando volvieron a casa y se encontraron la puerta abierta, las luces encendidas, las camas destrozadas, los cuadros

rotos, las alfombras acuchilladas y los libros tirados por el suelo de cualquier manera.

Guy y ella ocultaban en casa a Sasha, un joven judío que había desertado del ejército. Los bestias de la Guardia de Hierro habían asaltado el piso buscando pruebas contra Guy, pero habían encontrado al chico. Sasha desapareció. Era lo único que sabían y seguramente nunca sabrían nada más.

Yakimov le llamó la atención tosiendo un poco, había vaciado la copa otra vez; pero en ese momento llegó el autobús del aeropuerto y Harriet buscó dinero en el bolso para pagar la cuenta.

—Tengo que irme —dijo.

—No te vayas, mi querida niña. Hay tiempo de sobra para tomar otra. Ese autobús espera veinte minutos como mínimo. Siempre está ahí. Una más... solo una más —le rogó, mientras ella se iba a toda velocidad.

Desalentado, la vio cruzar la calle y subir al autobús. Si hubiera sabido que lo iba a abandonar así, no se habría bebido el coñac tan deprisa.

Harriet se sentó dispuesta a esperar el tiempo que fuera necesario. El simple hecho de estar en el autobús ya era una forma de acortar el tiempo. Tenía la sensación de que cuando el avión aterrizara habría superado la angustia por completo.